

pasar los límites de la humanidad, los solitarios marchaban directamente á la locura. La experiencia de los más fuertes, de los más santos, demuestra que pretendían una obra imposible; desconocían el lazo que los unía con sus semejantes; olvidaban que la sociedad es el medio en que debemos vivir, que no podemos conocer á Dios y acercarnos á él sino por medio del espectáculo de la naturaleza y del comercio de los hombres (1).

§ III. — Crítica del monacato.

Una protesta no interrumpida acompaña al monacato desde su origen hasta su decadencia. Los antiguos, que pasaban su vida en la ciudad, no comprendían la locura de aquellos hombres que preferían los desiertos á la sociedad humana. Y además los monjes eran los adversarios más encarnizados del paganismo, ¿debemos asombrarnos de que sus enemigos les prodigaran el sarcasmo y el desprecio? «Ved los destructores de nuestros templos, exclama Libanio; son hombres vestidos con ropas negras, que comen más que los elefantes, que piden al pueblo vino para los cantos y ocultan sus orgías bajo la palidez artificial de su rostro» (2). «Hay una raza llamada los monjes, dice Eunapo, que tienen la figura de hombres y se parecen á los puercos por su vida, los cuales hacen y se permiten cosas abominables.... Cualquiera que lleve un vestido negro y presente al público un rostro sucio, tiene el derecho de ejercer una autoridad tiránica» (3). Un poeta galo dirige ya en el siglo IV á los monjes censuras que recuerdan la sarcástica ironía de Voltaire: «Allá en alta mar se levanta la isla Capraria, manchada por hombres que huyen de la luz. Ellos mismos se han llamado monjes, porque aspiran á vivir sin testigos. Temen los favores de la fortuna, porque no tienen fuerza para arrostrar sus

(1) Compárense acerca de la vida de los anacoretas: JOUFFROY, *Curso de derecho natural*, tom. I, lección 5.^a—REYNAUD, en la *Enciclopedia nueva*, t. VII, p. 148 y sig.

(2) LIBAN., *pro templis* (t. II, p. 164, ed. Reiske).

(3) EUNAP., *Vita Aedes.*, p. 65 (edic. de Colonia de 1616).

rigores: se hacen desgraciados por miedo de serlo. ¡Estúpida rabia de un cerebro desordenado! ¡Espantarse del mal y no poder sufrir el bien! Su destino es ocultar su tristeza en una estrecha celda, y llenar su triste corazón de humor atrabiliario» (1).

En el seno mismo del cristianismo se manifestó una violenta aversión hacia los monjes. Se consideraba su austeridad como una especie de locura. Se empleaban la fuerza y las amenazas para alejar de la vida monástica á los que querían abrazarla. Algunos cristianos se propasaban hasta á decir que «el ver á hombres de condición libre, de nacimiento ilustre, escoger un género de vida tan duro y tan austero, bastaba para hacerles renunciar á la fe y sacrificar al demonio» (2). Los protestantes tuvieron precursores desde los siglos IV y V. Algunos monjes quebrantaron el monacato en su fundamento, sosteniendo que el matrimonio es tan santo como la virginidad, y que la vida ascética no tiene superioridad alguna sobre la existencia secular. Se renovaron estos ataques con más violencia después de la reforma. El monacato degenerado merecía las censuras de los protestantes. La institución misma se hundió bajo los golpes de la filosofía del siglo XVIII; no inspiraba ya más que repugnancia. Escuchemos á un pensador cristiano: «Me enternece, dice Herder (3), esta dulce soledad de las almas, que, cansadas del yugo y de la persecución de los hombres, encuentran en sí mismas el reposo y el cielo.... Pero por esto mismo nuestro desprecio debe ser más profundo hacia este aislamiento nacido del orgullo y del egoísmo que, huyendo de la vida activa, pone el mérito en la contemplación y la penitencia; se alimenta de fantasmas, y lejos de extinguir las pasiones, fomenta la más vil de todas, un indomable y miserable orgullo.» El historiador filósofo se indigna al pensar en aquellos hombres que se desdaban de ser ciudadanos de la tierra y que desechan los dones más preciosos de la naturaleza, razón, talento, amistad, sentimientos.

(1) RUTIL., *Itinerar.*, I, 439-448.

(2) CHRYSOSTOM., *adv. oppugnat. vitæ monast.*, I, 2 (t. I, p. 46). — SAN NILO confiesa que los monjes eran objeto de la irrisión pública (*De Monast. exercit.*, c. 22).

(3) HERDER, *Ideas*, XVII, 3.

sagrados de padre, de esposo, de hijo: «¡Malditas sean, exclama, las apologías que los ciegos intérpretes de la Escritura han hecho tan imprudentemente del celibato y de la vida contemplativa! ¡Malditas las falsas impresiones que una elocuencia fanática puede aún dejar á la juventud, despues de haber extraviado y perturbado por tan largo tiempo la inteligencia humana!»

Herder no sospechaba que al hacer esta amarga crítica del monacato reprobaba todo el cristianismo histórico, incluso los consejos ó los preceptos de perfeccion que Jesucristo da á sus discípulos. No hay exceso en la vida monástica que no se autorice con el ejemplo del Hijo de Dios ó de su enseñanza. La existencia de los anacoretas nos parece hoy el colmo de la locura; sin embargo, segun el sentimiento unánime de los Padres de la Iglesia, los anacoretas realizan el ideal de la perfeccion cristiana. *Cassiano*, el teórico del monacato occidental, prefiere la vida de los anacoretas á la de los cenobitas, por ser más perfecta (1). *San Jerónimo* enseña que es el colmo de la perfeccion monástica (2). *San Benito*, el organizador de los monasterios, confiesa que la vida cenobítica, cuyas reglas traza, no es sino un comienzo de vida cristiana, un aprendizaje que conduce á una vida más perfecta: «Cuando los anacoretas, despues de haber pasado por una larga prueba en un monasterio, y despues de haber hecho la guerra al diablo, combatiéndole con sus hermanos como en un cuerpo de ejército, se encuentran bastante fuertes por el auxilio de la gracia del cielo, se retiran á un desierto, en que emprenden sin asistencia ni consuelo de nadie, un combate mano á mano y como un duelo espiritual contra los vicios de la carne» (3). *San Basilio* es el único que ha hecho una crítica viva de la vida de los anacoretas; pero esta opinion es de tal manera contraria al sentimiento general de la Iglesia, que se ha sostenido que la obra que lleva su nombre es apócrifa (4). Y esto no sin razon, porque la crítica del Padre griego se dirige al monacato en general, tanto como á la existencia excepcional de los anacoretas. Le dejamos la palabra:

(1) CASSIAN., *Collat.*, XVIII, 6.

(2) HIERONYM., *epist.*, 95 ad *Rustic.* (t. IV, P. 2.^a, p. 773).

(3) BENITO, *Regla*, c. 73, c. 1.

(4) TILLEMONT, *Memorias*. Notas sobre BASILIO.

«El aislamiento absoluto es contrario á los designios de Dios. En efecto, el hombre está organizado de manera que no puede pasar sin el auxilio de sus semejantes, áun en las más sencillas necesidades de la vida. Somos necesarios los unos á los otros; Dios lo ha querido así, para obligarnos á reunirnos, á asociarnos. La vida solitaria, replegando á cada individuo sobre sí mismo, mutila la naturaleza. Está tambien en oposicion con la ley fundamental predicada por Jesucristo. La caridad, dice *San Pablo*, no busca su interes. Y ¿qué hacen los anacoretas, sino reconcentrar toda su actividad sobre sí, sin ocuparse de sus semejantes? No es así como obraba el apóstol; no buscaba su ventaja particular, sino la de todos. ¿Qué viene á ser la solidaridad humana en la vida solitaria del desierto? Está escrito que todos somos un cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo, cuyos miembros son los fieles. Si cada uno de nosotros se retira á la soledad, para entregarse al trabajo de su salvacion, ¿cómo, divididos así, formaremos un solo cuerpo? ¿cómo nos regocijaremos con aquel que está colmado de los dones del Señor? ¿cómo sufriremos con aquel que sufre? Dios ha dado á cada hombre un dón particular; el uno recibe la subiduria, el otro la ciencia: éste la fe, aquél la profecía. ¿Ha distribuido Dios así sus gracias para provecho exclusivo de cada individuo? ¿O es más bien, á fin de que los dones de cada uno aprovechen á todos?» *Basilio* se hace cargo del sentimiento que conducia á los cristianos al desierto: «Creer que en la soledad podrán trabajar con más fruto en su perfeccionamiento. No ven que separados de sus semejantes, no llegan ni áun á conocer sus defectos, y ménos á corregirse de ellos. Si tienen una caida, ¿quién los levantará? ¿Cómo practicarán las virtudes que distinguen al cristianismo? ¿Practicará el anacoreta la humildad, cuando no tiene á nadie de quien pueda considerarse inferior? ¿Será compasivo despues que ha huido del espectáculo de los dolores humanos? ¿Se ejercitará en la paciencia cuando nada se opone á su voluntad? ¿Toda la perfeccion del solitario consistirá, pues, en una vana teoría, semejante á la de aquel que, teniendo grandes conocimientos en arquitectura, no los ha puesto jamas en práctica! ¿Es esto lo que Jesucristo pide á sus discípulos? ¿Es así como él vivió? Existió en este mundo haciendo el bien á todos. En lugar de imitar su ejemplo,

los anacoretas se ponen en la imposibilidad de hacer bien á nadie. ¿Cuál es el término de esta existencia ocupada en el cuidado exclusivo de su salvacion? A fuerza de trabajar sobre sí mismo sin que nadie le inspeccione, el solitario acaba por imaginarse que ha alcanzado la perfeccion, objeto de todos sus votos. Jesucristo nos enseña que la ley de las leyes es la caridad, es decir la abnegacion de la personalidad. La vida de los anacoretas concluye en el más monstruoso egoismo» (1).

Es inútil insistir sobre los vicios del monacato; la conciencia humana ha pronunciado su fallo hace largo tiempo. El hombre no ha sido creado para la soledad, sino para la sociedad, porque sólo en la sociedad puede desarrollar sus facultades. Deben tambien realizarse en la sociedad los grandes dogmas del Evangelio, la fraternidad y la caridad. El cristianismo ha ensayado en vano el practicarlos en los monasterios: la igualdad absoluta que queria establecer era defectuosa, porque no tenía en cuenta la libertad ni la individualidad humana. El monacato absorbe al individuo en provecho de la comunidad, como las escuelas socialistas le absorben en provecho del Estado. La historia del monacato es la condenacion de todas estas falsas doctrinas que mutilan al hombre y á la humanidad. Pongamos nuestro ideal más alto; no repudiemos la igualdad, la fraternidad, la caridad cristianas; inspirémonos en el sentimiento de los *Basilios* y *Benitos*, pero demos igualmente satisfaccion á una necesidad no ménos imperiosa de nuestra naturaleza: la libertad.

§ IV.—Mision del Monacato.

El monacato ha caido, porque la conciencia humana lo reprueba. ¿Unirémos, pues, nuestras maldiciones á las de Herder? Ni áun maldecirémos los estériles ensayos que se han hecho para devolver la vida á una institucion muerta. La Filosofía de la Historia no debe maldecir, sino explicar. Escarnecer el monacato

(1) BASIL., *Regul. fusius tractat.*, VII.

sería escarnecer el cristianismo mismo, puesto que ha sido una tentativa para realizar el ideal de la vida cristiana. Si el cristianismo ha tenido una elevada mision, es imposible que el monacato no haya sido más que una obra de corrupcion y de locura.

El mundo antiguo estaba gastado, podrido. Una corrupcion monstruosa minaba los pueblos y parecia conducirlos á una muerte próxima. Jesucristo les trajo la palabra de vida; pero para volver á impregnarlos en la fe, era necesario encaminarlos á la virtud. La predicacion evangélica podia renovar algunas almas escogidas; tenía poca accion sobre la generalidad de los hombres hartos de dogmas, de supersticiones y de doctrinas. El espectáculo de la vida, tal como el Evangelio lo predica, era lo único capaz de operar una violenta reaccion. Los santos, viviendo en el desierto una vida puramente espiritual, en tanto que en su derredor la sociedad estaba entregada al culto de la materia, debian impresionar vivamente los espíritus. Porque, en medio de un mundo sin fe, los hombres experimentaban la necesidad de una existencia distinta de la de los sentidos. Los anacoretas y los monjes fueron un instrumento en las manos de la Providencia para la conversion de los paganos. *Simeon* el Estilita, inmóvil sobre su columna, tiene el aire de un insensato (1), pero su locura tenía algo de divino. Aquella vida de privaciones, aquella existencia extraordinaria tuvo más eco que la elocuencia de los *Gregorios* y de los *Crisóstomos*: del interior de Oriente acudian los pueblos á verle y oírle, y se convertian á su voz (2). «Los príncipes, dice Teodoro, cambian algunas veces el busto de sus monedas; excogiendo unas veces leones, otras ángeles ó estrellas, procuran hacer subir el valor del oro con estas imágenes. Así, Dios ha querido que la piedad tomase una forma nueva y extraordinaria, no tanto para

(1) MOSHEIM (*Hist. Eccl.*, v siglo) y HENKE (*Geschichte der christlichen Kirche*, t. I, p. 359) le tratan de loco.

(2) Convirtió á los habitantes del Libano y á los Árabes; encaminó al cristianismo un gran número de Persas, de Armenios, de Iberos, de Lazos, habitantes de la Colquidia. TEODORETO refiere como testigo ocular que los Árabes acudian por millares á recibir su bendicion (*Histor. Relig.*, c. 26, t. III, p. 383.—FLEURY, *Hist. Eccl.*, XXIX, § 8).

la edificacion de los fieles como para llenar de asombro á los pueblos paganos.»

El misticismo es el escollo de la vida monástica. Dominaba entre los anacoretas y los monjes del Oriente. Renunciaban al mundo bajo la influencia de un espiritualismo excesivo; buscaban la soledad absoluta, para entregarse á una vida enteramente contemplativa. Al pasar á Occidente, el monacato cambió de carácter, si no en teoría, al ménos de hecho. *San Simeon* es el ideal del monje de Oriente. *San Próspero* de Aquitania censura vivamente á los que desertan de la sociedad para entregarse en un dulce reposo á los gozes de la contemplacion (1). Mientras que los solitarios de Egipto desechaban el desarrollo de la inteligencia, los monasterios de Europa llegaron á ser un foco de ciencia y de filosofía. Para los solitarios del Oriente, el trabajo corporal no era sino una consecuencia de las pasiones; los más santos huían de él como de un vínculo del cuerpo. Los monjes del Occidente entregaron al cultivo los bosques de las Galias y de la Germania; en pos de ellos el cristianismo invadió el mundo.

Estas diferencias entre el monacato de Oriente y el monacato de Occidente son un testimonio de la influencia que la raza ejerce sobre la religion. Evidentemente esto no debe atribuirse al cristianismo. Los consejos de perfeccion permanecieron los mismos; el espiritualismo evangélico fué en Europa lo que habia sido en Egipto. Si pues el monacato se modificó en el mundo occidental, fué por otra influencia que la del Evangelio. Carecen los pueblos europeos del genio contemplativo que distingue á las naciones orientales. Las tendencias del espíritu occidental fueron las que trasformaron el monacato.

Es necesario, pues, atribuir á los Germanos, más que á los monjes, la roturación de la Europa y el movimiento científico que se produjo en la Edad Media. En cuanto al monacato, considerado en su esencia, descansa sobre una falsa concepcion de la vida y ha contribuido á propagar el error que le sirve de base. La renuncia al mundo se comprende, como transición de un orden social á otro; pero como tal no tiene sino un valor transitorio. El

(1) *De vita contemplativa*, II, 28 (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. VIII, p. 80).

cristianismo formó de ella el ideal de la vida; apartó á los hombres de la sociedad para la que han nacido, en la cual sólo pueden cumplir su vocacion. Es verdad que el mundo, aunque entregado á sí mismo, sufrió la influencia de los sentimientos cristianos, pero fué sin el concurso activo de la religion; hay más, la Iglesia, mezclándose en cosas terrenas, era infiel á su doctrina. Hoy que las sociedades procuran realizar los grandes dogmas del cristianismo en el orden político, la Iglesia vive en el apartamiento. Si algunas voces se elevan en su seno para unirse al movimiento que arrastra al mundo, se las reprueba, se las reduce al silencio. La Iglesia continúa predicando un espiritualismo exclusivo. Es tiempo de que se ponga término al dualismo del espíritu y de la materia. El hombre es uno, la sociedad es una, el mundo es santo; no debemos desertar de él, entregarle á sí mismo, abandonarle á la fuerza bruta; debemos quedar en él para dirigirlo y perfeccionarlo.